

—Pero ¿no me decía V. que D. Florencio es un señor ya anciano y formal, muy formal?— preguntó la Abadesa á Sor María, después de repasar la carta que ésta presentaba ruborosa y con los ojos bajos.

—Madre, sí que lo es; pero á mi me parece que se ha vuelto loco, ó que chochea antes de tiempo.

—¡Válgame Dios! Pues, hija, ¿sabe V. lo que yo creo? Que ni es loco ni chocho, sino un ta-caño de mucha habilidad. Y este papelucho se quema ahora mismo—añadió severamente la Prelada, que ejecutado el auto de fe, dijo á Sor María viéndola arrodillarse.—No se altere V., hija, no se angustie... Claro que ya no vuelve V. nunca á escribir á ese... caballero, ni á acordarse de que existe.

Así puntualmente sucedió. El señor de Abrojo no supo más de la monjita, y siguió vegetando entre sus flores, que nada piden ni hacen soñar nada.



GEÓRGICAS ⁽¹⁾

Fué por el tiempo de las majas, mientras la rubia espiga tendida en las eras cruje blandamente, amortiguando el golpe del *mallo*, cuando empezó la discordia entre los del tío Ambrosio Lebríña y los del tío Juan Raposo.

Sucedió que todo el Julio había sido aquel año un condenado mes de agua, y que sólo á primeros de Agosto despejó el cielo y se metió calor, el calor seco y vivo que ayuda á la faena. “Hay que majar, que ya andan las canículas por el aire,” decían los labriegos: y el tío Raposo pidió al tío Lebríña que le ayudase en la labor. Este ruego envolvía implícitamente el compromiso de que á su vez Raposo ayudaría á Lebríña, según se acostumbra entre aldeanos.

No obstante, llegado el momento de la maja de Lebríña, el socarrón de Raposo escurrió el bulto, pretextando enfermedades de sus hijos,

(1) Escrito este cuento, que se funda en hechos reales, parecióme que se asemejaba en su asunto á otro cuento de Tolstoy. Me anticipo á declararlo y veo en ello una prueba más de las afinidades que siempre noté entre el campesino ruso y el de mi tierra.—(N. DE LA A.)

ocupaciones; en plata, disculpas de mal pagador. Lebríña, indignado de la jugarreta, tuvo con Raposo unas palabras más altas que otras en el atrio de la iglesia, el domingo á la salida de misa. Por la tarde, en la romería, Andrés, el mayor de Lebríña, después de beber unos tragos, se encontró con Chinto, el mayor de Raposo, y requiriendo la *moca* ó porra clave-teada, miráronse de soslayo, como si fuesen á santiguarse... pero no hubo más entonces.

Vivían las familias de Lebríña y Raposo pared por medio, en dos casas gemelas, que el señor había mandado edificar de nuevo para dos lugarcitos muy redondos. Al recogerse aquel domingo, mientras los hombres, gruñones y enfurruñados, mascullaban la ira, las mujeres, sacando á la puerta los *tallos* ó asientos hechos de un tronco, se disponían á pasar las primeras horas de la noche al fresco. En vez de armar tertulia con las vecinas, cada bando afectó situarse lo más lejos que permitía la estrechez de los corrales. La tía Raposo y su hija Juliana, que tenían fama de mordaces y satíricas, tomaron sus panderetas é improvisaron una triada muy injuriosa; en substancia, venía á decir que en casa de Lebríña los hombres eran hembras y las mujeres machos bigotudos. Es de advertir que los Lebríñas debían su apodo, convertido en apellido ya, á cierta manse-dumbre tradicional en los varones de la familia; y también conviene saber que Aura Lebríña, moza soltera de unos veinticinco años de edad, lucía sobre sus gruesos y encendidos labios un

pronunciado bozo obscuro. Aura no sabía improvisar como las Raposos; pero ni tarda ni perezosa recogió el guante, y en prosa vil las soltó una carretada de desvergüenzas gordas, mezcladas con maldiciones á los hombres, gallinas cluecas, que no tenían alma para cosa ninguna. Al oír la *pauliña* de Aura, el tío Ambrosio asomó la nariz, y empujando á su hija por los hombros la hizo retirar, mientras los de Raposo la perseguían con pullas irónicas.

Pocos días después, yendo Chinto Raposo armado de *gavilo*, á cortar tojo en el monte, vió á Aura Lebríña que lindaba su vaca en una heredad de maíz. Aunque tostada del sol, como la heroína de los Cantares, y aunque de boca sombreada y recias formas, la moza no era despreciable, y al mozo se le ocurrió burlarla, más tentado por el fino gusto de pisotear á los Lebríñas que por los atractivos de la pastora. Y avínole mal, porque en el país galiciano, la mujer, hecha á trabajos tan rudos como el hombre, le iguala en fuerza física, y á veces le supera, y en el juego de la lucha no es raro el caso de que salgan vencedoras las mujeres. Sin más armas que sus puños, Aura sujetó á Chinto y le dió una paliza con el mango de la guadaña, mientras la vaca, pendiente el bocado de hierba entre los belfos, fijaba en el grupo su-ojados pensativos. Molido y humillado, Chinto Raposo se vengó cobardemente; aprovechó un descuido de Aura, y metiéndola de pronto la mano en la boca y apartando con violencia los dedos pulgar é índice, rasgó las comisuras

de los labios. La sorpresa y el dolor paralizaron un instante á la amazona, y Chinto pudo huir.

Todo el día lloriqueó la muchacha desesperadamente, porque el eterno femenino salta también de entre los terrones, y la infeliz temía quedar desfigurada. Las malditas comadres de las Raposos, desde su puerta, se mofaban de Aura sin compasión, apodándola *Boca rota*, y Aura, en sorda voz, murmuraba que, si se había concluido ya la casta de los hombres, saldrían á plaza las mujeres, y se vería lo que eran capaces de hacer.

Andrés Lebríña, muy descolorido, oía á su hermana y callaba como un muerto. Estos silencios cerrados son de mal agüero en las personas pacíficas. Sin embargo, pasó una semana, las heridas de Aura empezaron á cicatrizar, y los Raposos, más insolentes que nunca, se reían en público de toda la casta de Lebríña. El día de la feria, Chinto Raposo cargó un carro de repollos, y bajó á la ciudad á venderlo. Regresaba, anochecido ya, algo chispón, con el carro vacío, y al sepultarse en uno de esos caminos hondos y angostos, limitados por los surcos de la llanta, recibió á traición un golpe en el duro cráneo, y luego otro, que le derribó aturdido como un buey. En medio de su desvanecimiento sintió confusamente que algo muy pesado y duro le oprimía el pecho: eran unos zuecos de álamo, con tachuelas, bailando el pateado sobre su esternón.

Cuando suceden estas cosas en la aldea, en verdad os digo que rara vez pasa el asunto á

los tribunales. El labriego, por una parcelilla de terreno, por un tronco de pino, por un puñado de castañas, se apresurará en acudir á la justicia: la propiedad entiende él que ha de defenderse por las vías legales; pero la seguridad personal es cuenta de cada quisque: contra palos, palos, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. En la aldea, el que más y el que menos tiene sobre su alma una buena ración de leña administrada al prójimo, y nadie quiere habérselas con escribanos, procuradores y jueces, negras aves fatídicas, que traen la miseria entre su corvo pico.

Antes de que Chinto Raposo pudiese levantarse de la cama, donde permanecía arrojando en abundancia bocanadas de sangre, sus dos hermanos menores, Román y Duardos, le habían jurado la *vendetta*. Andrés Lebríña, por su parte, trataba de esconderse; pero el labriego ha de salir sin remedio á su trabajo, y la fatalidad quiso que le llamasen á jornal en la carretera en construcción, adonde también acudían los Raposos. Estos velaron á su enemigo, como el cazador á la perdiz, y aprovechándose de una disputa que se alzó entre los jornaleros, arrojaron á Andrés sobre un montón de piedra sin partir, y con otra piedra le machacaron la sién. Se formó causa, pero faltó prueba testifical: nadie sabe nada, nadie ha visto nada en tales casos. El señor abad de la parroquia de Tameige rezó unos responsos sobre el muerto, y hubo una cruz más en el camposanto: negra, torcida, con letras blancas.

El golpe aplanó completamente á los Lebrinañas. Ellos eran gente apocada, resignada, y sólo á fuerza de indignación y ultrajes había salido de sus casillas Andrés. También los Raposos, astutos en medio de su barbarie, creyeron que después de suprimir á un hombre les convenía estarse callados y quietos, por lo cual cesaron completamente las provocaciones é inyectivas de las mujeres desde la puerta.

Sin embargo, había alguien que no olvidaba al que se pudría bajo la cruz negra del cementerio: Aura, la hermana, la que se había llevado toda la virilidad de la familia. Vestida de luto, de pie en el umbral de su casucha, ronca á fuerza de llorar, lanzaba á la casa de los Raposos ardientes miradas de reto y maldición. Y sucedió que al verano siguiente, cuando la cosecha recogida ya prometía abundancia, una noche, sin saber por qué, prendióse fuego al pajar de Raposo y á la vez aparecieron ardiendo el cobertizo, el hórreo y la vivienda. Los Raposos, aunque dormían como marmotas, al descubrirse el fuego pudieron salvar, sufriendo graves quemaduras; sólo á uno de los hijos, Román, el que pasaba por autor material de la muerte de Andrés Lebrinaña, se le encontró carbonizado, sin que nadie comprendiese cómo un mozo tan ágil no supo librarse del incendio.

Aquí tienen Vds. lo que aconteció en la feligresía de San Martín de Tameige, por no querer los Raposos ayudar á los Lebrinañas en la faena de la maja.

EL VOTO

SEBASTIÁN Becerro dejó su aldea á la edad de diez y siete años, y embarcó con rumbo á Buenos Aires, provisto, mediante varias oncesas ahorradas por su tío el cura, de un recio paraguas, un fuerte chaquetón, el pasaje, el pasaporte y el certificado falso de hallarse libre de quintas — que, con arreglo á tarifa, le facilitaron donde suelen facilitarse tales documentos.

Ya en la travesía, le salieron á Sebastián amigos y valedores. Llegado á la capital de la República Argentina, diríase que un misterioso talismán — acaso la higa de azabache que traía al cuello desde niño — se encargaba de removerle obstáculos. Admitido en poderosa casa de comercio, subió desde la plaza más ínfima á la más alta, siendo primero el hombre de confianza, luego el socio, por último, el amo. El rápido encumbramiento se explicaría — aunque no se justificase — por las condiciones de hormiga de nuestro Becerro, hombre capaz de extraer un billete de Banco de un guardacantón. Tan vigorosa adquisividad — unida á una probidad

de autómatas y á una laboriosidad más propia de máquinas que de seres humanos,—daría por sí sola la clave de la estupenda suerte de Becerro, si no supiésemos que toda planta muere si no encuentra atmósfera propicia. Las circunstancias ayudaron á Becerro, y él ayudó á las circunstancias.

Desde el primer día vivió sujeto á la monástica abstinencia del que concentra su energía en un fin esencial. Joven y robusto, ni volvió la cabeza para oír la melodía de las sirenas posadas en el escollo. Lenta y dura compresión atrofió al parecer sus sentidos y sentimientos. No tuvo sueños ni ilusiones; en cambio tenía una esperanza.

¿Quién no la adivina? Como todos los desuraza, Sebastián quería volver á su nativo terruño, fincar en él y deberle el descanso de sus huesos. A los veintidós años de emigración, de terco trabajo, de regularidad maníaca, de vida de topo en la topinera, el que había salido de su aldea pobre, mozo, rubio como las barbas del maíz y fresco lo mismo que la planta del berro en el regato, volvía opulento, cuarentón, con la testa entrecana y el rostro marchito.

Fué la travesía—como al emigrar—plácida y hermosa, y al murmullo de las olas del Atlántico, Sebastián, libre por vez primera de la diátrica esclavitud del trabajo, sintió que se despertaban en él extraños anhelos, aspiraciones nuevas, vivas, en que reclamaba su parte alícuota la imaginación. Y á la vez, viéndose rico, no viejo, dueño de sí, caminando hacia la tierra,

dió en una cavilación rara, que le fatigaba mucho: y fué que se empeñó en que la Providencia, el poder sobrenatural que rige el mundo, y que hasta entonces tanto había protegido á Sebastián Becerro, estaba cansado de protegerle, y le iba á zorregar disciplinazo firme, con las de alambre: que el barco embarrancaría á la vista del puerto, ó que él, Sebastián, se ahogaría al pie del muelle, ó que cogería un tabardillo pintado, ó una pulmonía doble.

De estas aprensiones suele padecer quien se acerca á la dicha esperada largo tiempo. Y con superstición análoga á la que obligó al tirano de Samos á echar al mar la rica esmeralda de su anillo, Sebastián, deseoso de ofrecer expiatorio holocausto, ideó ser la víctima, y reprimiendo antojos que le asaltarán al fresco aleatear de la brisa marina y al murmullo musical del oleaje, si había de prometer al Destino construir una capilla, un asilo, un manicomio, hizo otro voto más original, de superior abnegación: casarse sin remedio con la soltera más fea de su lugar. Solemnizado interiormente el voto, Sebastián recobró la paz del alma, y acabó su viaje sin tropiezo.

Cuando llegó á la aldea, ponfase el sol entre celajes de oro; la campiña estaba muda, solitaria é impregnada de suavísima tristeza, todo lo cual es parte á sacar chispas de poesía de la corteza de un alcornoque, y no sé si pudo sacar alguna del alma de Sebastián. Lo cierto es que en el recodo del verde sendero encontró una fuente donde mil veces había bebido sien-

do rapaz, y junto á la fuente una moza como unas flores, alta, blanca, rubia, risueña; que el caminante le pidió agua, y la moza, aplicando el jarro al caño de la fuente, y sosteniéndolo después, con bíblica gracia, sobre el brazo desnudo y redondo, lo inclinó hasta la boca de Sebastián, encendiéndole el pecho con un sorbo de agua fría, una sonrisa deliciosa, y una frase pronunciada con humildad y cariño: "Beba, señor, y que le sirva de salud."

Siguió su camino el indiano, y á pocos pasos se le escapó un suspiro, tal vez el primero que no le arrancaba el cansancio físico; pero al llegar al pueblo recordó la promesa, y se propuso buscar sin dilación á su feróstica prometida y casarse con ella, así fuese el coco. Y, en efecto, al día siguiente, domingo, fué á misa mayor y pasó revista de getas, que las había muy negruzcas y muy dificultosas, tardando poco en divisar, bajo la orla abigarrada de un pañuelo amarillo, la carátula japonesa más horrible, los ojos más bizcos, la nariz más roma, la boca más bestial, la tez más curtida y la pelambreira más cerril que vieron los siglos; todo acompañado de unas manos y pies como paletas de lavar y de una gentil corcova.

Sebastián no dudó ni un instante que la monstruosa aldeana fuese soltera, solterísima, y no digo solterona, porque la suma fealdad, como la suma belleza, no permite el cálculo de edades. Cuando le dijeron que el espantajo estaba á merecer, no se sorprendió poco ni mucho, y vió en el caso lo contrario que Polícrates en el

hallazgo de su esmeralda al abrir el vientre de un pez: vió el perdón del Destino, pero... con sanción penal: con la fea de veras, la fea expiatoria. "Esta fea — pensó — se ha fabricado para mí expresamente, y si no cargo con ella habré de arruinarme ó morir."

Lo malo es que á la salida de misa había visto también el indiano á la niña de la fuente, y no hay que decir si con su ropa dominguera y su cara de pascua, y por la fuerza del contraste, le pareció bonita, dulce, encantadora, máxime cuando bajando los ojos y con mimoso dengue, la moza le preguntó "si hoy no quería *agüña* bien fresca," ¡Vaya si la quería! Pero el hado, ó los hados (que así se invocan en singular como en plural) le obligaban á beber veneno, y Sebastián, hecho un héroe, entre el asombro de la aldea y las bascas del propio espanto, se informó de la feona, pidió á la feona, encargó las galas para la feona y avisó al cura y preparó la ceremonia de los feos despoños...

Acaeció que la víspera del día señalado, estando Sebastián á la puerta de su casa, que proyectaba transformar en suntuoso palacete, vió á la niña de la fuente que pasaba descalza y con la herrada en la cabeza. La llamó, sin que él mismo supiese para qué, y como la moza entrase al corral, de repente el indiano, al contemplarla tan linda é indefensa — pues la mujer que lleva una herrada no puede oponerse á demasías — la tomó una mano y la besó, como haría algún galán del teatro antiguo. Rióse la

niña, turbóse el indiano, ayudóla á posar la herrada, hubo palique, preguntas, exclamaciones, vino la noche y salió la luna, sin que se interrumpiese el coloquio, y á Sebastián le pareció que, en su espíritu, no era la luna, sino el sol de Mediodía lo que irradiaba en oleadas de luz ardorosa y fulgente...

—Señor cura—dijo pocas horas después al párroco—yo no puedo casarme con *aquella*, porque esta noche soñé que era un dragón y que me comía. Puede creerme, que lo soñé.

—No me admiro de eso—respondió el párroco reposadamente.—Ella dragón no será, pero se le asemeja mucho.

—El caso es que tengo hecho voto. ¿A V. qué le parece? Si le regalo la mitad de mi caudal á esa fiera, ¿quedaré libre?

—Aunque no le regale V. sino la cuarta parte ó la quinta... ¡Con dos reales que la dé para sall...

Sin duda el cura no era tan supersticioso como Becerro, pues el indiano, á pesar de la interpretación latísima del párroco, antes de casarse con la bonita hizo donación de la mitad de sus bienes á la fea, que salió ganando: no tardó en encontrar marido muy apuesto y joven. Lo cual parece menos inverosímil que el desprendimiento de Sebastián. Verdad que éste era fruto del miedo...

LOS HUEVOS ARREFALFADOS

Qué compasión de señora Martina la del tío Pedro el carretero! Si alguien se permitiese el desmán de alzar la ropa que cubría sus honestas carnes, vería en ellas un cónclave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, desde el rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado obscuro de la madura berenjena. A ser el pellejo de las mujeres como la badana y la cabritilla, que cuanto mejor tundidas y zurradas más suaves y flexibles, no habría duquesa que pudiese apostárselas con la señora Martina en finura de cutis. Por desgracia, no está bien demostrado que la receta de la zurra aproveche á la piel ni siquiera al carácter femenino, y la esposa del carretero, en vez de ablandarse á fuerza de palizas, iba volviéndose más áspera, hasta darse al diablo renegando de la injusticia de la suerte. ¿Ella qué delito había cometido para recibir lección de solfeo diaria? ¿Qué motivo de queja podía alegar aquel bruto para administrar cada veinticuatro horas ración de leña á su mitad?

Martina criaba los chiquillos, los atendía, los

zagaleaba; Martina daba de comer al ganado; Martina remendaba y zurcía la ropa; Martina hacía el caldo, lavaba en el río, cortaba el tojo, hilaba el cerro, era una esclava, una negra de Angola... y con todo eso, ni un solo día del año le faltaba en aquella casa á San Benito de Palermo su vela encendida. En balde se devanaba los sesos la sin ventura para arbitrar modo de que no la santiguase á lampreazos su consorte. Procuraba no incurrir en el menor descuido; era activa, solícita, afectuosa, incansable, la mujer más cabal de toda la aldea. No obstante, Pedro había de encontrar siempre arbitrio para el vapuleo.

Solía Martina desahogar las cuitas y penas domésticas con su compadre el tabernero Roque, hombre viudo, de tan benigno carácter como agrio y desapacible era el de Pedro. Oía Roque con interés y piedad la relación de la desdichada esposa, y se desvivía en prodigarla sanos consejos y palabras de simpatía y compasión.

“Aquel Pedro no tenía perdón de Dios en tratar así á la comadre Martina, que después de haber echado al mundo cinco rapagones, era la mejor moza de toda la aldea y hasta, si á mano viene, de Lugo. Y luego tan trabajadora, limpia como el oro, mansita como el agua. ¡Ah, si él hubiese tenido la fortuna de encontrar mujer así, y no su difunta, que gastaba un geniazo como un perro!, Martina entonces rogaba al compadre que intentase convertir á su marido, que le hablase al corazón; y el tabernero pro-

metía hacerlo con mucha eficia y alegando mil razones persuasivas.—Pero, compadre, escuche y perdone—interrogaba la pobre apaleada.—¿Que quejas da de mí mi marido?—Como quejas, nada; fantesías, antojos, rarezas... Que el caldo estaba salado, y á él le gusta con poca sal... Que el pan estaba medio crudo... Que le faltaba un botón al chaleque...—Yo me enmendaré, compadre... A fe que de hoy en adelante no ha de notar falta ninguna.—Y en efecto, redoblando el cuidado y el cariño, Martina se descuajaba por quitar pretexto á las atrocidades de su hombre.

La casa marchaba como trompo en uña: la comida era gustosa, dentro de su pobreza; los suelos andaban barridos como el oro, y ni con poleas y cabrias se podían arrancar los botones del chaleque del tío Pedro. Así y todo, éste encontraba ingeniosos recursos en que fundar la consuetudinaria solfa. Por poco que duerma la buena voluntad, anda más despierta la mala, que nunca pega ojo.

Sin embargo, como también las costillas doloridas y brumadas infunden sutileza, Martina, á fuerza de paciente estudio, de hábil observación, de minuciosa solicitud y de eficaz memoria, llegó á amoldarse á los menores caprichos, á las más ridículas exigencias de su cónyuge, bailándole el agua de tal manera, que el tío Pedro no acertaba ya á buscar pretexto para enfadarse. Mas no era hombre de reparar en tan poco, y he aquí lo que discurrió para no dar reposo á la estaca.

Consistía generalmente la cena de los esposos en una taza de caldo guardado de mediodía, y unos huevos fresquitos, postura de las gallinas del corral. Deseosa de complacer al amo y señor, Martina se esmeraba en variar el aderezo de estos huevos, presentándolos unas veces fritos, escalfados otras, ya pasados, ya en tortilla. Pero el tío Pedro empezó á cansarse de tales guisos y á pedir, con sus buenos modos de costumbre, que se los variasen; y una noche que gruñó y renegó más de la cuenta, su mujer se atrevió á decirle con gran dulzura:

—Hombre, ¿qué guiso te apetece para los huevos?

La respuesta fué una terrible guantada, mientras una voz cavernosa decía:

—¡Los quiero arrefalfados! ¡Arrefalfados!

Con el dolor y el susto, Martina, no se atrevió á preguntar qué clase de aderezo era aquel; pero á la noche siguiente preparó los huevos por un estilo que le había enseñado una vecina, ex-cocinera de un rico hacendado lugués.

El plato trascendía á gloria cuando entró el carretero muy mal engestado y se sentó sin contestar á su mujer, que le daba las buenas noches. Con mano trémula depositó Martina sobre el artesón que servía de mesa el apetitoso guiso... Y su marido ¡siniestro presagio! callado, fosco, sin soltar la aguijada con que picaba á los bueyes de su carreta. Al divisar el guiso, una risa diabólica contrajo su rostro; apretó la vara y levantándose terrible, exclamó:

—¡Condenación del infierno! ¿No te tengo dicho que los quiero arrefalfados?

A estas frases acompañó un recio varazo en las espaldas de Martina, seguido de otro que se quedó un poco más cerca del suelo; y tal fué la impresión, que la infeliz hubo de exclamar con voz de agonía:

—¡Váleme, San Pedro! ¡Váleme, San Pablo!

Algún efecto produjo en el carretero la invocación, porque conviene saber que en la parroquia se profesaba devoción ferviente á las imágenes de estos grandes Apóstoles, dos efigies muy antiguas que adornaban la iglesia desde tiempo inmemorial. Pero poco duró el respeto religioso, pues el marido, volviendo á enarbolarse la vara, alcanzó á su mujer de un varazo en la cintura, tan recio y cruel, que Martina hubo de echar á correr, exclamando:

—¡Ay, ay, ay, ay! Socorro, vecinos... Que me mata este hombre.

Disparada como un venablo atravesó la aldea, hasta refugiarse en la taberna del comadre Roque, á quien encontró disponiéndose á trancar la puerta, porque á semejante hora de la noche no contaba ya con parroquianos. Causóle gran sorpresa la llegada repentina de la comadre, y viéndola tan sobresaltada y fatigosa se apresuró á brindarla "una pinga, que no hay otra cosa como ella para espantar los disgustos". Bebió Martina, y ya más confortada, refirió, entre hipo y sollozos, la tragedia conyugal. "Mire, ahora sí que estoy convencida de que aquel infame no tiene temor de Dios, ni

caridad, ni vergüenza en la cara, y tira á acabar conmigo, á echarme á la sepultura...

„Que me reprendiese y me pegase tundas cuando notaba faltas, andando... Pero amañárselo todo á voluntad, matarme á hacerle bien la comida y los menesteres, y ahora inventar eso de los huevos arrefaldados, que un rayo me parta si sé lo que son... Compadre, por el alma de quien tiene en el otro mundo me diga cómo se ponen esos huevos...”

— Nunca tal guiso of mentar, comadre—respondió el tabernero ofreciendo á la desconsolada otra *pinga*.—Es una bribonada de ese mal hombre, porque no encuentra chatas que poner y quiere arrearle. A fe de Roque que ha de llevar su merecido. Comadre, déjeme á mí: V. calle y haga lo que yo le diga. Y ahora no piense en volver allá hasta mañana por la mañana...

— ¡Asús bendito!

— Lo dicho, no vuelva... Quédese aquí, que mal no le ha de pasar ninguno—profririó el tabernero mirándola con encandilados ojos—Cena para los dos la hay, y más un vino de gloria, y castañas nuevas. Que no lo sepa en la parroquia ni el aire... En amaneciendo se va á su casita. Guíese por mí; descanse en el compadre Roque. Que me muera si dentro de dos ó tres días no ha de estar aquel brutón más amoroso que la manteca. Ya me dará las gracias.

— ¿Y si pregunta?

— Ya cavilaremos lo que se ha de contestar... V. sosiegue, que yo tomo el negocio de mi cuenta.

Tan cansada, dolorida, asustada y hambrienta estaba Martina, que se dejó convencer, y saboreó el mosto y las tempranas castañas.— Antes de ser de día, envuelta en el *mantelo*, llamaba con temor á la puerta de su casuca. El corazón la pegaba brincos, y creía sentir ya en los hombros el calor de la vara, ó en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas á que obedecen las oscilaciones del barómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona, que en él podría llamarse amabilidad y galantería. “Mujer ó trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas á marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?”, “En el monte...”

“¿En el monte, condenada?”, “Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel...” “El diaño que te coma, ¿y allí qué cama tenías?”, “Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuena á los infelices y castiga á los sayones judíos como tú; ya te llegará la tuya, verdugo...” “Demasiado hablas...” —refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran aparato de enojo, pero subyugado indudablemente por el tono y el acento de su mujer. “¿Quién te ha dado ese gallo que traes?”, “Quien puede...” “Como yo sepa que andas en chismes con las vecinas y aconsejándote de brujas... te he de brear...” “No fué bruja ninguna, ladrón; no fué sino Dios del cielo, que ya se cansa de aguantar tus perradas...” “Mismamente Dios te vino á ti con el recadito...” “Dios, no; pero

San Pedro y San Pablo, sí; que los vi tan claros como te estoy viendo, y con la mar de angelitos alrededor, y unas caras muy respetuosas, y unas barbas que metían devoción; y me dijeron que ya te ajustarán ellos las cuentas por estarme crucificando., "A callar y á tu obligación, lenguatera., Atónita Martina de ver que su tirano no pasaba á vías de hecho, obedeció y se ocupó en labores domésticas, mientras el carretero, algo cabizbajo y mohino, preparaba su carro para acarrear leña á Lugo.

El mismo camino tomó el tabernero Roque, y apenas llegado á la ciudad, se dió á buscar á un su amigote, barbero por más señas, con quien celebró misterioso conciliábulo; y entre tajada de bacalao y copa de aguardiente, trazaron la broma que habían de ejecutar aquella misma noche. Para el objeto se procuraron una sábana blanca, una manta colorada, dos barbas postizas, dos pelucones de cerró y una linterna. La hora del anochecer sería cuando tabernero y barbero se apostaron cerca del puente, por donde el carretero tenía que pasar á la vuelta con el carro vacío. Ya se habían disfrazado los dos cómplices, riendo á carcajadas y auxiliados por Martina, que ajustó al uno las barbas blancas y el manto rojo de San Pablo, y al otro la sábana y el pelucón del primer pontífice. Y cuando ambos apóstoles, empuñando sendos garrotes, ó mejor dicho, claveteadas *mocas*, se ocultaron á corta distancia del puente, Martina tuvo un escrúpulo, y les dijo con suplicante voz:

LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 1921
 1921

—No me manquéis á mi hombre, que al fin él es quien gana el pan de los rapaces. Escarméntalo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque sin explicarse la razón, aquel día deseaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero agujaba á la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la tejera en la falda de la colina. De repente el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tremendas, saliendo de la sombra que proyectaba el arco del puente, se plantaron en mitad del camino. Eran los mismos apóstoles del retablo de la iglesia, San Pablo con sus barbas hasta la cintura y su manto colorado, San Pedro rechoncho y calvo, con su cerquillo de rizos y su blanca túnica sacerdotal. Sólo que en vez de la espada y las llaves, los apóstoles enarbolaban cada tranca que ponía miedo, y á compás las dejaban caer sobre los lomos del

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MONTEVIDEO

cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

- ¡Pega tú, San Pedro!
- ¡Pega tú, San Pablo!
- ¡Estos son los huevos...
- Arrefalfadoos!

.....

El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse menear. Hoy anda como si tal cosa, porque los labriegos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si "están á gusto", él contesta aprisa y muy meloso:

—Bien están, mujeríña; de cualquier modo están bien.

EL BAILE DEL QUERUBÍN

MI infancia ha sido de las más divertidas y alegres. Vivían mis padres en Compostela, y residían en el caserón de nuestros mayores, edificio vetusto y ya destartado, aunque no ruinoso, amueblado con trastos antiguos y solemnes, cortinas de damasco carmesí, sillones de dorada talla, biombos de chinos y ahumados lienzos de santos mártires ó retratos de ascendientes con bordadas chupas y amarillentos pelucones. Próxima á nuestra morada—si bien con fachada y portal á otra calle—hallábase la de la hermana de papá, á la cual también favorecería el cielo otorgándole descendencia numerosa (nueve éramos nosotros, cinco hermanos y cuatro hermanas). Con docena y media de compañeritos y socios, ¿qué chiquillo conoce el aburrimiento?

No inventa el mismo enemigo del género humano las diabluras que sabíamos idear, cuando nos juntábamos los domingos y días de asueto en alguna de las dos casas. No dejábamos títere con cabeza; y como quiera que entonces no se estilaba aún lo de sacar á los chicos al